





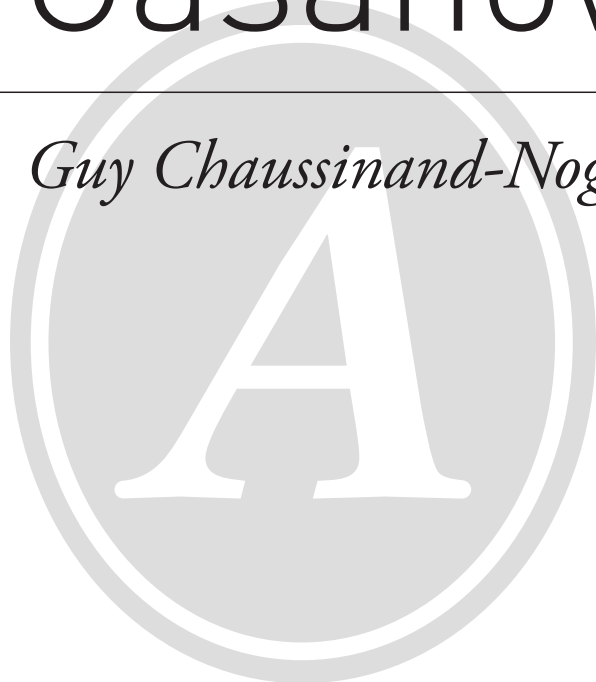
Giacomo
Casanova





Giacomo
Casanova

Guy Chaussinand-Nogaret



Chaussinand-Nogaret, Guy

Giacomo Casanova. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2014.
368 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Claudia Lipovesky

ISBN 978-950-02-0832-1

1. Casanova, Giacomo. Biografía. I. Lipovesky, Claudia, trad.

CDD 920.71

Giacomo Casanova

Título original: *Casanova. Les dessus et les dessous de l'Europe des Lumières*

de Guy Chaussinand-Nogaret

© Librairie Arthème Fayard, 2006

Traductora: Claudia Lipovesky

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: diciembre de 2014

ISBN 978-950-02-0832-1

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en diciembre de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

1	11
2	29
3	41
4	53
5	65
6	77
7	89
8	105
9	113
10	123
11	135
12	147
13	157
14	169
15	181
16	191
17	203
18	213
19	227
20	239
21	253
22	265
23	279
24	291

25	303
26	315
27	331
28	345
Conclusión.....	359
Cronología.....	363



Suntuosa y sórdida, pura y voluptuosa, como una Venus de Tiziano, Ondina casta y prostituta, Venecia. La carne desnuda de sus palacios devora la luz. Sus pontones se reflejan coquetos en los canales, donde se deslizan las góndolas, mudas y mimosas, que le dan a la ciudad una gracia fantasmal. Las máscaras confieren el misterio del idilio y el secreto del confesionario. Venecia, para la felicidad de los estetas, ofrece al visitante una doble cara: su carnaval y sus iglesias a la Ciudad de los Dux. Allí, el observador apresurado respira los perfumes ligeramente eróticos y los excesos sensuales de la fiesta; una embriaguez que debe su magia al deseo y al amor. Detrás de las máscaras y las miradas fascinantes, el político intuye la delación, la corrupción y el terror, cara inquietante y secreta de la Venecia de Tiepolo, de Guardi y de Goldoni.



Es la Venus intacta, a la que nunca deshonró la falta, que se salvó del pecado original y que alberga a los niños ingenuos. La farsa, el refinamiento, el teatro y el amor han erigido su escenario, para reír, para disfrutar, para no morir jamás, en el placer sin fin del abrazo amoroso. Aquí, el libertinaje adquiere un sabor a rosas; el tiempo que pasa es solo la brecha entre dos besos. Aquí no hay rebelión, ni desafío a la estatua del comandante, ni desafío a Dios; solo virtuosismo y seducción. Don Juan no tiene nada que hacer sobre los puentes de Venecia; Lovelace y Valmont tampoco; porque la perversión y el demonio del Mal se desconocen, en este islote de malicia juvenil, gobernado con ingenuidad por su despreocupación y sus apetitos.

Pero Venecia es también un Estado cuyo gobierno está sepultado debajo de un secreto impenetrable. Esta heredera de Bizancio, donde se refugiaron las artes de Grecia y las riquezas del Oriente, está en plena decadencia. Su Consejo de los Diez, su *Pregadi* (Senado) y sus inquisidores actúan a la sombra, y los más susceptibles creen que hay espías por todas partes, informantes, torturas, asesinatos; la siniestra cárcel de Los Plomos nutre a los fantasmas que flotan sobre los canales y el Puente de los Suspiros. La República Serenísima, sistema único en el mundo, sin modelo y sin imitador, vive en el imaginario romántico del terror. Ciudad lúdica, Babilonia disoluta, evoca también el paraíso antes de la caída.

En esta estancia insólita del candor y la depravación, el 2 de abril de 1725 nació un duende, un genio galante. Generoso y pródigo, debía irrigar Europa con su esperma incontrolable, inundarla con sus

picardías. Luego, cuando llegó el tiempo de la reforma y del retiro de la bohemia, la tinta reemplazó a la simiente. Sustitución simbólica. Entonces, ennegrece más páginas de lo que seduce a mujeres y niñas. Convertido en el Saint-Simon de la lujuria, sustituyó la visión ducal y versallesca por la mirada del saltimbanqui: juzgó a Europa con la punta de su sexo. Precedido por sus esperanzas de riqueza y su obsesión por las buenas fortunas, la había recorrido con la avidez de quienes no saben dónde detenerse, con nostalgia, en el fondo de su corazón, por la madre patria, esa Venecia cuya coquetería renovaba, en cada etapa, sus deseos y sus añoranzas.

Giacomo Casanova es un niño que sigue la profesión de su padre. Rápidamente se convirtió en un parangón de la desfachatez, sin segunda intención, sin deseo de perjudicar, en la ignorancia y el desprecio de la moral social y religiosa, con toda inocencia. Fruto de la comedia italiana, de la alegría veneciana y de la licencia cómica, es hijo de actores. Su sangre hierve con el ardor de las tablas. Su rostro se cubre con todas las máscaras de la *commedia dell'arte*. Es, al mismo tiempo, estafador, seductor, sabio, ilusionista. También es impostor y mitómano, orgulloso de sus engaños y poeta lúcido de sus mentiras. Desempeña todos esos papeles, de manera simultánea, por vocación y por bravuconería. No en la sombra de la ficción teatral, como su padre y su madre, sino abiertamente, en el escenario del mundo, en esta Europa de la Ilustración, tan acogedora para los aventureros y los charlatanes.

Es el empresario, el director escénico y la estrella de su vida. Actúa en el teatro de sus deseos, así como su madre, la afable Zanetta, representaba a las bonitas enamoradas, ante la audiencia del San Samuel. ¿Es una paradoja, si este gran comediante jamás subió a las tablas? Todo lo destinaba allí. Su ciudad abrigaba siete teatros permanentes. En la misma época, París tenía tres, solamente. Los venecianos, desde el dux al gondolero, solo soñaban con máscaras, comedia, ópera. El patriciado alentaba el fervor de la construcción de teatros y la administración

de las compañías que cayeron dentro de su competencia. Los Grimani, patricios ilustres, eran dinámicos constructores: cuatro teatros en el siglo XVII, y otro en el XVIII, en una inquietud procedente más de la industria que de su mecenazgo. El alquiler de palcos (algunos costaban hasta quinientos ducados por temporada) era una actividad remuneradora que reemplazaba al comercio marítimo, abandonado a los burgueses. También ofrecía muy dulces felicidades: las actrices, fuente de placeres, eran sus protegidas. La madre de Giacomo, Zanetta Casanova, representaba a los jóvenes ingenuos en el teatro San Samuel, propiedad de Michele Grimani. Zanetta no era mojígata, y Grimani amaba a las comediantes. En Londres, mientras su marido actuaba, tuvo una aventura con el príncipe de Gales. Según dice la tradición, este sería el padre de Francesco Casanova, nacido en Londres el 1º de junio de 1727, que haría una gran carrera como pintor en París y en Viena.

Zanetta regresó a Venecia, perdió a su marido en 1733, e ingresó en la compañía de Joseph Imer, cuyo corazón se inflamaba por la “viuda muy hermosa y muy hábil” (Goldoni). Al representar el amor en el escenario y en la vida, en Venecia y en Verona, adquirió una reputación favorecedora. Los autores de comedia escribían especialmente para ella, y Goldoni, la gran estrella del teatro italiano, compuso en su honor *La pupila*. Pero estaba inquieta. En 1735, siguió a una *troupe* a San Petersburgo, pero, acogida sin entusiasmo, regresó a Venecia. Luego, obtuvo un contrato en la corte del príncipe elector de Sajonia, rey de Polonia. Aquí, al menos, se apreciaba a los comediantes italianos, y desde entonces ella siguió los caprichos de la corte de Dresde, en Pillnitz y en Varsovia.

Casanova tenía, entonces, una fuerte herencia de vagabundo, de inestabilidad, de audacia y de inmoralidad. Todos los hermanos Casanova llevaban los estigmas de esta ligereza. Giovanni, el hijo menor de Zanetta, nacido en Venecia en 1730, era nada menos que un estafador, además de pintor, como su hermano Francesco, pero menos dotado que

él. Winckelmann, el célebre arqueólogo, fue la víctima de este audaz contrabandista, que le vendió sus propias obras como si fueran antiguas. Solo escapó a la prisión por medio de la fuga, después de firmar falsas letras de cambio. Hizo una hermosa restauración en Dresde, donde el crédito de su madre le valió el puesto de director de la Academia de Bellas Artes. En cuanto a Francesco, excelente colorista y estimado pintor de batallas, no fue falsificador ni ladrón, pero sí imprudente; contrajo deudas, primero en París, donde respondía a las numerosas órdenes de una clientela principesca y adinerada; luego en Viena, donde contaba con la protección de Kaunitz, canciller austríaco, organizaba los placeres y animaba las cenas, lo que le permitió llevar una existencia señorial y... morir insolvente.

Casanova exaltó estas raras virtudes familiares. Las cinceló como una obra maestra, sin contrición ni remordimientos, con la inocencia de los que lo pretenden todo, porque no conocen las convenciones y solo obedecen a sus deseos. Tales temperamentos no pueden tener una vida común o sin sobresaltos. Hoy, conocen los triunfos del Capitolio; mañana, se precipitan desde la roca Tarpeya. Pero siempre van hacia adelante, guiados por el genio de una fortuna ciega, que aceptan con ingenuidad y que no controlan ni desean dominar. Gastan tesoros de ingenio para atrapar el dinero, poseer a las mujeres, acceder a la gloria. Pero no pueden huir de su destino, despojarse del demonio que los habita. Son, pase lo que pasare, las víctimas que consienten sus fracasos anunciados. La filosofía de Casanova, impertinente y provocadora, es la de un hombre que lo sacrificó todo a su fantasía: el engaño es una victoria del espíritu sobre la necedad y la presunción; la abstinencia, un peligro; la invención de renovados goces, la más alta especulación de una comprensión sana, tentada de creer, como Locke, que la materia puede pensar.

El primer incidente importante en la vida de Giacomo despertaría el interés de los antropólogos: una inmersión en la brujería y en sus

virtudes curativas. El niño, confiado a su abuela, pequeñoburguesa crédula y devota, vivía en el aturdimiento y la imbecilidad. A los ocho años, no sabía leer, y su estupidez se atribuía a las abundantes hemorragias nasales que, pensaban los doctos médicos, lo privaban de sus fuerzas vitales. Lo salvó el hechizo. La creencia en los misterios de la brujería no había desaparecido de Europa, en ese siglo racional y plenamente informado. En los Estados venecianos, como en Alemania y en los países escandinavos o atlánticos, subsistía la superstición, a pesar de los procesos del Santo Oficio que había dejado de instruir, desde hacía casi un siglo. En el territorio de la Serenísima, el legado aún estaba vivo. El de los friulanos *benandanti*, cuyas prácticas y carácter equívoco restituyó Carlo Ginsburg, mitad brujos, mitad genios bienhechores, había dejado huellas. En Venecia, todavía abundaban las brujas terapeutas. Nada de sábado diabólico o de “batallas nocturnas”; esas pobres mujeres se libraban a las invocaciones, fabricaban filtros y muchos creían en la eficacia de su magia. Aquella, de la que Casanova fue paciente, era inofensiva.

Filtros y sortilegios, apariciones y curaciones milagrosas se entrecrocaban en la débil cabeza de la abuela, enardecida por la inquietud. En medio de un gran secreto, condujo a Giacomo a un barrio bajo, donde oficiaba una bruja. Sus poderes terapéuticos hicieron maravillas, y la cura fue, provisoriamente, beneficiosa. La anciana no había gastado nada para impactar la cabeza del pequeño: grageas, ungüentos, caja misteriosa, ruidosa zarabanda, para cazar al espíritu maligno y, sobre todo, predicción de la visita nocturna de una mujer deslumbrante, que no dejaría de completar el hechizo. En efecto, vino por la chimenea, como se debe, y Casanova fue curado. La ilusión sanadora acababa de ingresar en su conciencia. Más tarde, la explotaría a la manera mundana, sin alcanzar, no obstante, la mala reputación de su amigo Cagliostro.

Su padre murió a los treinta y seis años. Dejaba a sus hijos a cargo de su mujer y de la abuela, y con la protección de Grimani. Estos patricios afortunados eran tres hermanos, y el último, Alvise, sacerdote,

severo y avaro, fue el tutor de Giacomo. Sus hemorragias nasales habían reaparecido, a pesar de las brujas. Era enclenque, tenía la boca abierta en forma permanente –entonces no se operaban las amígdalas– y arrastraba, despavorido, una fisonomía de idiota. Fue salvado por Giorgio Baffo, un patricio de familia ducal y uno de los Cuarenta, el tribunal supremo de la Serenísima. Pero su notoriedad se la debía más a su producción poética que a su ilustre apellido. Evocaba, en términos lascivos el libertinaje de las monjas, la obscenidad de las fiestas y de los casinos, la pasión desenfadada del juego, la lubricidad de las cortesanas, las bailarinas y las prostitutas.

Baffo, gran amante de los placeres fálicos, conocedor advertido de los recursos licenciosos de la República Serenísima, frecuentaba a las damas galantes y a los actores. Tenía una gran amistad con la pareja Casanova, y trasladó sus beneficios al joven Giacomo. Consultó a un médico joven de Padua quien, según el uso de la época, rindió su diagnóstico por escrito y sin haber visto al paciente. La profundidad de su ciencia suplía todo: el niño debía sus hemorragias y su imbecilidad al espesor de su sangre; solo un cambio de aire podría hacerle superar sus enfermedades. Zanetta, los Grimani y Baffo, reunidos en consejo de familia, pronunciaron un veredicto, conforme con las predicciones del sabio: el niño iría a Padua, acompañado por la tribu consejera. El antiguo municipio romano era propiedad de Venecia, y sede de una de las más prestigiosas universidades de la cristiandad. En 1734, Casanova tenía nueve años. Según su propia confesión, el viaje en *burchiello* sobre la laguna y el canal de la Brenta marca el primer despertar de su inteligencia. El *burchiello* era una gran barca que abrigaba una sala y cuartos cómodamente amueblados, y que unía cada noche, en ocho horas, Venecia con Padua. Se embarcaron a las diez de la noche, y arribaron al amanecer. Ese fue el primer viaje, breve pero iniciático, de aquel que recorrería decenas de miles de kilómetros en el transcurso de su vida. El suceso que originó su pensamiento se produjo al amanecer. Giacomo percibió las copas de los

árboles desde su cama y se asombró de que caminaran. Sus compañeros se burlaron; su madre lo interpretó como una nueva necesidad. Pero el niño reflexionaba. ¿Presintió, como lo pretende el sistema copernicano, que el Sol estaba inmóvil, lo que provocó la hilaridad de su entorno, dócil a las enseñanzas de la Iglesia? Solo Baffo, espíritu libertino, lo abrazó, lo felicitó y lo animó a usar la razón. Fue una iluminación.

Desde ese día, renunció a la credulidad, sin soñar todavía con explotar la de los demás. Entonces, con un nuevo espíritu, dispuesto a ejercer su joven reflexión, Casanova llegó a Padua, intersección de las culturas y templo del saber. La universidad donde habían brillado Vesalio, Galileo y Pomponazzi, que había difundido las luces del averroísmo y del humanismo, había decaído mucho en su heroico magisterio cuando Casanova desembarcó en ese suburbio intelectual de la Ciudad de los Dux. Pero no había perdido su prestigio; todavía atraía a muchos estudiantes extranjeros y a visitantes famosos y anónimos, cuyas impresiones, consignadas en los relatos de viaje, brindan imágenes contrastantes de Padua. Jaucourt, esclavo voluntario de la titánica empresa en la que Diderot fue el genio ciclópeo, evocó en su *Enciclopedia* la cuna de Tito Livio, en los más dolorosos términos. Fue sensible sobre todo a su pobreza, a su tristeza y a su mugre. La juzgó “mal poblada, mal construida, mal adokinada”. Cuatro años antes de la llegada de Casanova, Montesquieu, amante del arte y las curiosidades, la encontró “casi desierta” y con las escuelas abandonadas. Pero se sorprendió de las “dimensiones prodigiosas” del palacio de justicia, se maravilló con la riqueza del jardín botánico y con la variedad del gabinete de un tal Vallisneri, que coleccionaba animales, minerales y estatuas antiguas.

Algunas décadas más tarde, Goethe llegó seducido por la ciudad, por la riqueza de sus librerías –cenáculos, más que negocios–, donde se reunía la sociedad culta, clérigos, nobles y artistas, versados en literatura, y conversaban a la sombra de las estanterías, hábilmente dispuestas. Pero quedó aterrado con la vetustez y la incomodidad de la universidad. La

majestuosidad del edificio ocultaba tan mal la estrechez y la oscuridad de las salas, que incluso alguien familiarizado con las insalubres clases alemanas podía presumir de haberse escapado de semejante desolación. Por el contrario, la magnificencia del jardín de las plantas encantó a ese sabio aficionado a la botánica.

Al llegar de forma inesperada a esta antesala académica de su ciudad natal, Giacomo fue golpeado, en principio, por el carácter sórdido de la pensión que le estaba destinada. No vio más que la suciedad, la miseria y la falta de hospitalidad de su nuevo hogar. En efecto, se lo confiaron, por un ducado al mes, a una arpía que tenía una pensión en la parroquia Saint-Michel. Viuda de un soldado esclavón —esos milicianos que la República reclutaba en sus territorios de Dalmacia e Istria, y que formaban las guarniciones de sus posiciones en el continente—, era vieja, fea y avara, y alojaba, alimentaba y llevaba a la escuela a algunos pillos, confiados a sus cuidados. Esos niños compartían su desván con las ratas y las chinches, se mantenían con una sopa, bacalao y una manzana. Comido por los parásitos y vestido con ropa sucia, Giacomo fue llevado a la escuela del abate Gozzi. El digno sacerdote, conmovido por la inteligencia y el desamparo de su nuevo alumno, tuvo con él una activa amistad. El alumno hizo rápidos progresos en gramática y latín, y amplió sus aptitudes hacia disciplinas menos respetables. Para apaciguar su hambre, robaba salchichas y arenques de la cocina de su casera y huevos del gallinero. Sin embargo, sus latrocinios se revelaban insuficientes para calmar su apetito. Entonces, con la ayuda de un joven estafador superdotado, el genio de los ladrones inventó una industria poco conocida hasta entonces, pero con un futuro brillante: la extorsión por intimidación.

Sus rápidos progresos escolares habían decidido a Gozzi a ascenderlo al grado de decurión: encargado de supervisar el trabajo, de corregir y, sobre todo, de denunciar las faltas de sus compañeros, comprendió, de inmediato, el partido que podría obtener de su función. La delación

era infructuosa, pero extorsionar a sus pares era, por el contrario, una actividad honorable e ingeniosa. Como recompensa por su silencio, reclamó golosinas y dinero, triunfo de la inteligencia sobre la necedad de los ignorantes. Pero se volvió tan goloso y exigente, que sus compañeros se rebelaron y denunciaron el fraude. Perdió su cargo, pero conservó la confianza y la amistad de su maestro. Privilegio de la inocencia o genio de la perversión, sus engaños siempre animaron sus coacciones, y su mérito fue explotar la credulidad de los demás. Experto en problemas de dinero, vivió para su trabajo de robar bolsas generosas, de refrescarse en el juego o en la cama de las mujeres, bajo las beneficiosas lluvias de oro, metáfora del goce seminal y del deseo satisfecho.

Al principio, soportó con estoicismo los infortunios de su vida doméstica. Luego, su coraje se debilitó, y clamó por ayuda. Conmovidas, la abuela y Baffo convencieron al abate Gozzi para que lo hospedara por veinticuatro ducados al año. Se lo vistió como abate, primer paso de una carrera eclesiástica que no lo comprometía para nada, pero que le daba un lugar en el mundo. A partir de entonces, durmió en la cama de su maestro, aprendió filosofía aristotélica y cosmografía tolemaica, mientras se reía por lo bajo. El caso es que Gozzi era devoto y se escandalizaba con facilidad. Mucho tiempo después de Copérnico y, a pesar del éxito de Newton, la Iglesia permanecía inquebrantable en su fe. La infalibilidad del dogma obligaba a los fieles. Dudar de que el Sol girara alrededor de la Tierra, pensar sin la autorización de los jesuitas, todo eso olía a azufre y a herejía. Giacomo resistía sin excesos, pero también se iniciaba en el manejo del arco, ocupación sin riesgo que más tarde lo sustraería de la miseria.

A los once años, conoció su primer éxito mundano –muy poco merecido– de niño prodigio, debido a un verso latino improvisado frente a una *intelligentsia* indulgente. Tuvo, entonces, una experiencia de consecuencias mayores. Gozzi vivía con Betina, su hermana de catorce años, hermosa y avispada. Uno de los pensionistas era su amante en secreto,

pero ella posaba la mirada sobre Giacomo, a quien peinaba, lavaba y emperifollaba. Con ella, conoció las primeras emociones amorosas y el despertar del deseo. Aprendió aún más, y se inició en las artimañas femeninas. Los flirteos de Betina corrían el riesgo de ser descubiertos. Para desviar la atención y convencer, quizás, a Casanova, de que cedería a sus deseos, simuló estar poseída, ejercicio más o menos voluntario, en una época en la que las crisis histéricas, provocadas por la abstinencia y la frustración, eran frecuentes. Contra este desorden orgánico, atribuido al Maligno, la Iglesia tenía un remedio infalible: el exorcismo. Y los desventurados se prestaban al juego con docilidad. Betina representó muy bien su papel. En principio, confundió a un valiente capuchino que, con grandes golpes de crucifijo, pretendió cazar al diablo. Allí donde el capuchino había fracasado, un dominico, famoso exorcista, tuvo éxito. Era joven, hermoso, y encontró a Betina en un bello desorden. Exigió que los dejaran solos y, después de tres horas de entrevista, la poseída fue curada. Casanova aprovechó la lección. Había comenzado, con Betina, sus escuelas de galantería, y aprendió los artificios de las mujeres.

Giacomo, cargado con su pequeño equipaje humanista, ingresó a la universidad. Hizo su primera inscripción en la facultad de Derecho, el 27 de noviembre de 1737 y llevó, desde entonces, la vida un tanto disoluta de sus compañeros estudiantes. La universidad gozaba de antiguas y amplias libertades. Bajo la autoridad del gobernador de Padua, estaba administrada por un director y dos síndicos elegidos por los estudiantes, quienes, con la fuerza de sus privilegios y con la virtual impunidad que les aseguraba el gobierno de Venecia, consagraban más tiempo al juego y al libertinaje que al estudio de la recopilación de las leyes. Casanova le tomó gusto al juego, perdió lo que tenía y lo que no tenía, contrajo deudas y pronto se encontró acorralado. Su abuela, ángel providencial, lo salvó y lo obligó a volver a Venecia en octubre de 1739. ¿Era el fin de sus estudios jurídicos? Él se jacta de haber regresado con regularidad a Padua, para conseguir sus calificaciones, y de haber obtenido su

doctorado a los dieciséis años. Lo cierto es que nunca se convirtió en abogado, como lo habían deseado su familia y sus protectores. Tampoco se convirtió en médico, profesión que él apreciaba más, por muy nobles y sensatas razones: era más fácil la charlatanería, y los crédulos, más numerosos. Esta paradoja no era aún una filosofía, pero el instinto de Giacomo no lo engañaba: la mistificación era su vocación y el privilegio insolente de su naturaleza; aún no era un arte, pero sí una disposición, que solo tenía que ser cultivada, para lograr un dominio perfecto.

Para un joven agradable, dotado de seducción y de una elegancia natural, bastante poco teóloga, la carrera eclesiástica servía para atraer a las damas; con la unción suficiente para satisfacer a las devotas, a menudo más libertinas que devotas, era la mejor manera de conseguir un lugar en el mundo y alimentar esperanzas de fortuna. La Iglesia podía elevarlo hasta los más grandes honores, incluso hasta la tiara pontificia. La fe de Casanova era tibia, pero era católico, ambicioso, correcto, y no dudaba de nada: pasaporte ideal para una carrera eclesiástica mundana. Sus comienzos fueron prometedores. Recibió las órdenes menores del patriarca de Venecia y, a la vez, fue introducido por el cura de su parroquia en la casa del senador Malipiero. Ese patricio opulento pertenecía a una familia de dux, poseía un palacio y un excelente cocinero, y recibía a lo mejor de la sociedad. Tenía setenta y seis años, amaba la buena carne y las mujeres. A pesar de sus enfermedades y de su impotencia, solicitaba con obstinación los favores de una joven, que oponía su mojigatería a sus avances. Teresa Imer era la hija de ese director de teatro del que la madre de Casanova se había enamorado. Giacomo asistía, como tercero en discordia, a los intentos de su benefactor y a la resistencia de la bella, desgarrado entre la ironía y la frustración. Malipiero se había encaprichado con Casanova. Tenía la fantasía de convertirlo en un predicador y lo impuso como sacerdote de San Samuel. Sus funciones de presidente de la confraternidad del Santo Sacramento le daban, en efecto, el derecho de elegir al orador.

En Venecia, como en toda la cristiandad, el sermón dominical era una atracción tan seductora como la comedia o la ópera. Atrajo multitudes de mendigos, ciudadanos y gente de mundo. El predicador era una estrella popular, y se admiraba más el arte del orador, que la piedad de sus sentencias. El sermón era, además, desafiado por otro encanto voluptuoso: los coros de jovencitas a cargo de los mejores directores de Italia, que la República mantenía en instituciones de beneficencia. Los motetes exaltaron las emociones de Jean-Jacques Rousseau, más sensible aún a la sensualidad que adivinaba detrás de las rejas, que a la belleza de las voces juveniles. Tan cierto es que, en esa ciudad única, todo era placer y erotismo y, antes que seducir el espíritu, cautivaba los sentidos.

Al ascender al púlpito, Casanova representaba un papel. Más que de edificar, tenía el deseo de agradar, de solicitar aplausos, antes que de exaltar la gloria de Dios. Primero había leído su texto frente a la noble compañía, reunida por Malipiero. Las damas lo habían encontrado admirable. Más de la mitad de la composición era profana, y Horacio le servía como argumento. Había resuelto excluir toda referencia a los Padres de la Iglesia y las ingratas citas doctrinarias. Gracias a Dios, no tenía la menor idea, y no corría el riesgo de ser acusado de pedantería. Había desterrado la docta gravedad de su sermón. El 25 de diciembre de 1740, suspendió de sus labios de oro al auditorio del San Samuel. Las damas estaban encantadas. Este joven, que no había cumplido dieciséis años, era genial, hermoso, seguro. Se le predijo un futuro brillante: se convertiría en el predicador del siglo. Su recompensa no se hizo esperar. La colecta le reportó cincuenta ducados y, como premio, algunas esquelas amorosas. Sin embargo, su estrella se extinguió tres meses más tarde, y zozobró en el ridículo. Subido en el púlpito, después de la cena, no pudo ir más allá del exordio, tartamudeó, divagó, perdió la sangre fría, y debió fingir un malestar, para escapar de las risas y de las pullas. Buscó su salvación en la huida, alcanzó Padua, avergonzado, pero sin remordimiento, y recién regresó para Pascuas, cuando su escándalo

fue olvidado. Pero la aventura lo había curado: renunció para siempre al oficio de orador sagrado.

Se le habían abierto las puertas de la alta sociedad veneciana. Era la más galante, la más adinerada, la más esteta, la de los nobles, la de los ricos ciudadanos y las grandes cortesanas, que monopolizaban la República y la cultura. Porque Venecia estaba en manos de una cincuentena de familias que investían los cargos, ducado, senado, concilios. Los barnabitas jugaron utilidades en el Gran Concilio, donde todos fueron admitidos, incluso la plebe nobiliaria, socorrida e inculta, que vendía sus votos para subsistir, vivía a expensas de las viudas opulentas y, en el mejor de los casos, se casaba con burguesas bien dotadas. La igualdad teórica de la nobleza era un mito: no había sobrevivido a la jerarquía del dinero. Pero las familias senatoriales practicaban la endogamia. Las cortesanas, élite de la prostitución, formaban un cuerpo estimado y respetable. Eran cultas, bailarinas, poetas y músicas, y hacían las delicias del patriciado. Se las acusaba de corromper a los senadores, de influir en la elección de los puestos, de pervertir a la República, pero —a diferencia de las prostitutas comunes— no eran perseguidas. La Cavamacchie (“quitamanchas”), joven mujer de veinte años, criatura esplendorosa y fresca, sospechada por la Inquisición de alentar la oposición política de jóvenes indiscretos, jamás se inquietó. Sus hetairas, bellas, ricas y cortejadas, gozaban de la mayor libertad. Se mezclaban con las mujeres de mundo, que también se entregaban, con gracioso abandono, a libertinas galanterías. Frinés o senadoras, todas tenían su casino. Eran salones donde reinaban la libertad, la diversión y la conversación. El casino de las Amazonas, el de Isabel Theotocchi Albrizzi o el de Catalina Dolfin-Tron se vanagloriaban de entender de literatura, de política, y podían competir honrosamente con los cenáculos de París.

Para los extranjeros, las cortesanas constituían una atracción apreciada y, a veces, dolorosa. Rousseau las abandonó por miedo. Convencido de que había sido acribillado, luego de su breve aventura con la

Padoana, acudió a un cirujano. Tranquilizado, perdió sus escrúpulos a bordo de un barco donde se reencontró con su Zulietta, que bien podría ser la Cavamacchie, que le inspiró la descripción cautivadora consignada en sus *Confesiones*. Sus encantos sobrepasaban todo lo que la imaginación lírica puede inspirar a un poeta enamorado: “Las jóvenes vírgenes de los claustros son menos frescas, las bellezas del harén menos vivas, las huríes del paraíso menos atractivas”. Menos entusiasta e inspirado, Carlos de Brosses, quien visitó Venecia en 1740, cita, sin embargo, a la Agatina, como la más espléndida de las cortesanas. Esta exuberancia de encantos femeninos, sin embargo, no había alejado de Venecia la licencia homosexual y, aunque la sodomía era castigada con la muerte, se veían *gnaghes*, jóvenes travestis impenitentes, que difundían su lenguaje obsceno en paseos, bailes y casinos.

Sin embargo, los efebos no le hacían demasiado daño a la Cavamacchie. Por entonces, ella conocía una gloria que trascendía las fronteras de Venecia. Nacida en 1724, tenía casi la misma edad de Casanova, y se llamaba Giulia Preato, Juliette, en la intimidad, y la Cavamacchie, en el mundo. Cantante mediocre, pero exquisita cortesana, debía exaltar a Viena –de donde María Teresa la había expulsado, para preservar la moralidad de Austria–, y dejar en París dolorosos recuerdos, en los demasiado solícitos diplomáticos: los embajadores de Venecia y de Austria, Morosini y Kaunitz, ambos víctimas de sus besos infectados. En Venecia, tuvo por galanes amantes titulares o jóvenes mantenidos, a la élite de la sociedad, y supo hacerse pagar muy caros sus favores. Casada más tarde con un veneciano importante, no dejó de coleccionar amantes. Uno de ellos llevó tan lejos la fidelidad, que quiso que fuera enterrada cerca de él. No obstante, Casanova dejó de ella un retrato poco favorecedor, que le dictaron sus resentimientos. La bella se había burlado de él, y él había huido con vergüenza, sin encontrar la réplica que lo habría vengado.

Nuestro seductor no era más que un joven enternecedor. No se jactaba de derribar a las mujeres casadas, ni de buscar la voluptuosidad en

brazos mercenarios. Por otra parte, era celoso, incluso con respecto a los maridos, y amoroso. Una tal Angela, objeto de su tormento, exigía matrimonio antes de que se consumara. Su deseo se irritaba, pero los escrúpulos todavía lo asaltaban. Este pudor lo abandonaría pronto, sin que por eso perdiera su conciencia de cándido libertino. Estaba apresado por sus vacilaciones, cuando una invitación lo liberó. La condesa Antonio de Montereale le rogó que se reuniera con ella en la propiedad friulana. Los Montereale no eran venecianos, pero estaban emparentados con el más ilustre escritor de la laguna, el conde Carlo Gozzi, intrépido defensor de la comedia del arte, contra el realismo goldoniano. Por primera vez, Casanova probaba las delicias del veraneo.

Indiferente a todo, y hasta ciego frente a los más excitantes paisajes, Casanova solo era sensible a la naturaleza femenina. Reparó en la hija del portero, una pilluela de catorce años a quien dedicó el tiempo de su estadía, empujó el flirteo tan lejos como le fue permitido, sin dañar lo esencial. El futuro fornicador olímpico no penetraba, aún, y se contentaba con satisfacciones de debutante, con niñerías que se adaptan tanto a la adolescencia como a la senilidad.

El tiempo de las bromas inocentes terminó cuando, de vuelta en Venecia, irritado por la resistencia de Angela, decidió vengarse de sus dos compañeras, de quince y dieciséis años, sobrinas de una tal señora Orio, a la que ganó por un favor que le solicitó a Malipiero. Familiarizado con la casa, logró deslizarse en la habitación de las dos hermanas, quienes, a pesar de ser vírgenes, eran coquetas y fáciles, y gustaban de inocentes juegos de Lesbos. Lo que ellas contaron, con ingenuidad, inflamó tanto su imaginación, que se encontraron los tres en la misma cama. Casanova, por fin colmado, pudo, por primera vez, probar la flor de ambas vírgenes. Esos juegos de a tres inauguraban una larga serie, cuyo ritual se enriquecería con el agregado de algunos cambios menores.

Otro juego de campo, otra aventura. ¿Es pecado violar a una joven y hermosa mujer en una calesa bien cerrada, a merced de una fuerte

tormenta que precipita a los brazos de su seductor una presa enloquecida por el bombardeo de los truenos y el fuego de los rayos que encabrita a los caballos? Para Casanova, el “oficio de amar” autoriza todas las licencias, y la violación no es más que una de las debilidades que exige un arte deleitoso, que depende tanto de la destreza como del virtuosismo. Además, la joven, si bien estaba enojada, se consoló con facilidad, al prometerse que solo viajaría con su marido, para evitar toda reincidencia. En la Europa del siglo XVIII, la violación era un crimen solo para la víctima y rara vez se perseguía al abusador. Hasta en los Estados sometidos a la Iglesia tridentina, la libertad sexual era amplia, y el uso de la violencia se había difundido, aun en el ámbito urbano. Las jóvenes no se atrevían a quejarse.

En la casa de la gente de buena compañía, la civilidad era, a menudo, una fachada engañosa, que escondía mal una violencia que, a veces, estallaba en comportamientos criminales. Casanova, por lo tanto, no incurrió en la desaprobación de los venecianos. Por el contrario, obtuvo, a lo largo de sus aventuras, una reputación halagadora que él acogía sin vanidad, pero con la satisfacción del deber cumplido. Porque seducir por todos los medios era, para él, un ejercicio noble, un ascetismo constante. Esto lo redujo, con rapidez, a la condición de esclavo de la cópula –liberal, servil o venal–, y de víctima expiatoria de sus derivas infecciosas, gonococos, sífilis y otras blenorragias, accidentes que siempre acogía con filosofía, como si fueran el precio a pagar por su felicidad.

En 1743, las elecciones del abate Casanova no estaban aún bien establecidas. La vocación por el libertinaje no era exclusiva. También fue devorado por el deseo adolescente de obtener un gran éxito. De la alcoba a la sacristía, el camino es breve. Muy bien uno podía convertirse en obispo, cardenal o papa, sin renunciar a los placeres de la seducción y a los extravíos del sexo. ¿Acaso la curia romana no mezclaba los sexos con agrado, y combinaba, de un modo canónico, la política, la devoción y la corrupción, la fastuosidad, la lujuria y el elogio de la pobreza? El

recuerdo de Alejandro VI permanecía en todas las memorias, y el nepotismo y los placeres de la gula no habían desaparecido de la capital de la cristiandad.

En el momento de medirse en la Ciudad Eterna, Casanova presintió que esta le ofrecería los placeres de Afrodita y las satisfacciones del triunfo. Roma conducía al tocador de las romanas y a lo purpúreo. Y no era el soñar despierto de un poeta o la ilusión de los mendigos. Roma era Citerea, y la sede mítica de la soberanía universal, la fuente de todos los encantos libertinos y de todas las delicias de la ambición.

